



CUADERNILLO 03 · SERIE FE Y ESPACIO PÚBLICO

El proceso al capitalismo

Sobre el error de juzgar moralmente a un orden que nadie diseñó, sus raíces cristianas olvidadas y el prejuicio que la izquierda sembró en México

Josué Candelaria

ACCIÓN CONSERVADORA POR MÉXICO

I. Un juicio mal instruido

Hay dos maneras de equivocarse con el capitalismo, y en México se practican las dos con entusiasmo.

La primera es divinizarlo: tratarlo como una fuerza providencial que reparte justicia por sí sola, que corrige lo que toca, que no necesita más fundamento que su propia eficiencia. Es el error del hombre que mide su valor por su patrimonio, que sacrifica a su familia por un ascenso y llega al final con las manos llenas y el alma vacía. Ese error existe, es grave y no lo voy a negar en ningún punto de este ensayo.

La segunda es demonizarlo: tratarlo como un sujeto con voluntad, con intenciones, con estrategia; un poder oscuro que «necesita» trabajadores desarraigados, que «exige» familias rotas, que «fabrica» pobres a propósito para tener mano de obra barata. Este error es el dominante en la conversación pública mexicana, y viene creciendo en un lugar inesperado: ciertos círculos conservadores y religiosos que, cansados con toda razón del materialismo consumista, han empezado a repetir la crítica marxista al mercado con vocabulario de sacristía.

Lo notable es que ambos errores comparten la misma premisa. Los dos suponen que el capitalismo es un sujeto moral: algo que puede ser bueno o malo, salvador o demoníaco, virtuoso o perverso. El primero lo bendice, el segundo lo excomulga, pero los dos lo tratan como si tuviera alma.

No la tiene. Y ahí empieza todo lo demás.

Este ensayo sostiene tres cosas. Primera: que atribuirle moralidad al capitalismo es un error de categoría, y que de ese error nacen casi todas las conclusiones equivocadas que circulan. Segunda: que el orden de mercado no llegó a Occidente cuando «murió Dios» —según la famosa expresión de Nietzsche, que no anunciaba un hecho teológico sino cultural: que Europa había dejado de organizar su vida en torno a la fe—, sino que nació dentro de la cristiandad y fue descrito por primera vez por teólogos católicos —un hecho histórico que se ha borrado con notable eficacia. Tercera: que el rechazo mexicano al capitalismo no es fruto de la experiencia, sino

de un adoctrinamiento de casi un siglo, porque lo que México ha padecido nunca fue capitalismo de mercado, sino privilegio administrado desde el poder.

Ninguna de las tres es una defensa de la codicia. Sostener que un martillo no tiene moral no es aprobar los asesinatos cometidos con martillos.

II. El error de categoría: darle voluntad a lo que no la tiene

Empecemos por un detalle que casi nadie nota, pero que revela todo lo demás: la manera en que está redactada la acusación.

Estas son cuatro afirmaciones que cualquiera puede encontrar hoy en un artículo, una homilía o un hilo en redes. No las suscribo; las traigo porque son exactamente lo que vamos a examinar:

- «El capitalismo *necesita* consumidores solitarios y trabajadores desarraigados.»
- «La pobreza no es un fallo del sistema: es una característica.»
- «La fragmentación de la sociedad no es un error: es una estrategia.»
- «El capitalismo *desmantela* la familia, *desmantela* la nación, *desmantela* la tradición.»

Ahora fíjese en los verbos.

Necesitar, estrategizar, dismantelar. Son verbos de sujeto. Suponen alguien que quiere algo y actúa para conseguirlo.

Pero el capitalismo no es alguien. No quiere, no planea, no conspira y —esto es lo decisivo— no puede pecar, porque para pecar hace falta voluntad. Lo que llamamos capitalismo es el nombre que se le puso, siglos después, a lo que ocurre cuando hay tres cosas: propiedad reconocida, intercambio voluntario y precios que se forman libremente. No es una doctrina. Es una descripción.

Piénselo con el idioma. Nadie inventó el español. No hay fundador, no hay manifiesto, no hay fecha de nacimiento. Nació de millones de personas hablando durante siglos, corrigiéndose, tomando prestado, adaptándose. Su gramática no tiene moral: la misma sintaxis sirve para predicar un sermón, redactar un contrato

honesto o levantar una calumnia que arruine a un inocente. A nadie se le ocurre culpar al idioma por la calumnia. Culpamos al calumniador.

El intercambio funciona igual. Es un orden que emergió, no una ideología que alguien redactó. La moral entra por las personas que operan dentro de él, no por el orden mismo.

De no ver esto se derivan dos fallas en cadena.

La primera es una **falacia de composición**: de «existen capitalistas inmorales» se salta a «el capitalismo es inmoral». Con ese razonamiento habría que concluir que el matrimonio es una institución perversa porque existen los maridos que golpean, o que la medicina es criminal porque hay médicos negligentes. Nadie acepta el argumento en esos casos. Solo se acepta cuando el acusado es el mercado.

La segunda es el reclamo de **justicia social** planteado como si el mercado fuera un repartidor con intenciones. Hayek lo explicó con una precisión que no se ha refutado: justo e injusto son adjetivos de la *conducta humana deliberada*, no de resultados agregados que nadie diseñó. Una granizada que arruina una cosecha es trágica, pero no es injusta, porque no hubo un agente que decidiera arruinarla. Exigirle justicia a un orden espontáneo es como exigirle piedad al clima.

Esto no significa que los resultados no importen ni que la pobreza sea aceptable. Significa que la responsabilidad moral hay que buscarla donde efectivamente está: en las personas y en las instituciones que sí deciden. El comerciante que usa pesas falsas es culpable. El patrón que retiene el salario del jornalero es culpable. El funcionario que vende una concesión es culpable. El político que emite dinero para financiar su gasto y con eso empobrece a los que ahorran es culpable. Todos ellos tienen nombre, apellido y conciencia. El mercado no.

Alguien objetará, con razón, que las estructuras generan incentivos y que los incentivos moldean conductas. Es cierto, y hay que concederlo sin regatear: un sistema que premia la depredación produce más depredadores. Pero de ahí a decir que la estructura *causa* la inmoralidad hay un salto enorme, y es exactamente el salto que da el socialismo. Si el hombre es malo porque el sistema lo hace malo,

entonces basta cambiar el sistema para perfeccionar al hombre. Esa premisa —el hombre como material moldeable por la ingeniería social— es la que produjo los peores experimentos del siglo XX. Y ese razonamiento tiene consecuencias concretas, no solo teóricas. Si la maldad de un hombre se explica por su posición dentro del sistema, entonces basta con identificar la posición para condenar a la persona: ya no hace falta probar que hizo algo malo, basta con demostrar qué es. Eso fue exactamente lo que ocurrió en la Unión Soviética con los *kulaks* —los campesinos que habían prosperado lo suficiente para tener tierra propia, algunos animales o un empleado—. No se les acusó de ningún delito. Se les declaró una categoría social nociva por definición, y sobre esa base fueron despojados, deportados o asesinados por millones a partir de 1929. El instrumento fue ese: **convertir una condición económica en una culpa moral**. Quien hoy sostiene que el mercado determina la moral de quienes participan en él está usando la misma herramienta, aunque no tenga la menor intención de llegar adonde ella llegó.

La antropología cristiana dice otra cosa, y dice algo mucho más incómodo: el mal no viene de las estructuras, viene del corazón. Cambiar el sistema no redime a nadie. Por eso ningún arreglo económico —ni el mercado, ni la planificación, ni la tercera vía que se ofrezca— puede salvar a un pueblo. Ese es el punto de fondo, y volveré a él.

III. El capitalismo no se inventó: se describió

Aquí está, creo, la asimetría que lo explica casi todo, y que sin embargo casi nunca se menciona.

Adam Smith no fundó el capitalismo. Describió lo que ya llevaba siglos ocurriendo, igual que un botánico describe un árbol que no sembró. Antes de él lo habían hecho Cantillon y Turgot; antes que ellos, los escolásticos españoles. Ninguno propuso un sistema nuevo: todos intentaron entender por qué funcionaba uno que ya existía y que nadie había ordenado.

La palabra «capitalismo» ni siquiera es de sus defensores. La empezaron a usar sus críticos a mediados del siglo XIX —Louis Blanc, Proudhon— y la popularizó definitivamente la tradición marxista. Es un nombre puesto por la fiscalía. Que la defensa haya terminado aceptando el término del acusador ya dice bastante sobre cómo se ha dado la discusión.

El socialismo es el caso perfectamente opuesto. Tiene autor, fecha, manifiesto y plano. Se diseñó en una biblioteca. Y se diseñó sobre un supuesto que conviene enunciar con claridad, porque es la raíz de casi todo lo demás: **que el ser humano puede construir su propia moralidad**. Que el bien y el mal no son un orden recibido sino materia disponible para el ingeniero social. Que si la naturaleza humana estorba al proyecto, se corrige la naturaleza humana.

La diferencia no es de matiz. Un orden que emerge no puede cargar con culpa moral originaria, porque no hubo intención originaria. Un proyecto que se diseña sí responde por sus resultados, porque hubo alguien que lo pensó, alguien que lo impuso y alguien que lo defendió cuando ya se veía adónde iba. Los resultados de ese supuesto están contados en decenas de millones de muertos, y no en un solo país ni en una sola década, sino en todos los lugares y todas las veces que se intentó.

Hayek llamó a esto la **presunción fatal**: la convicción de que la razón humana, si se organiza bien, puede diseñar deliberadamente un orden social superior al que resultó de siglos de práctica, corrección y costumbre heredada. Es la ilusión del

constructivismo racionalista. Y es, dicho sea de paso, el mismo error que cometen los tradicionalistas que proponen «restaurar» un orden orgánico por decreto: si el orden orgánico es orgánico, no se decreta; y si se decreta, ya no es orgánico. Es ingeniería social con estética de vitral.

Hay un segundo aporte de Hayek que desarma la acusación de raíz. En *El uso del conocimiento en la sociedad* (1945) explica que el problema económico central no es asignar recursos conocidos, sino usar un conocimiento que está disperso e incompleto en millones de cabezas y que ninguna mente central puede reunir: quién necesita qué, con qué urgencia, en qué lugar, en qué momento. Los precios son el mecanismo que transmite esa información sin que nadie tenga que saberlo todo.

Léase con cuidado lo que eso significa. El mercado, así entendido, es **un sistema de transmisión de información**. Y un sistema de información no puede ser anticristiano, igual que la gramática no puede ser hereje ni la gravedad puede ser atea. Se puede mentir con las palabras y se puede matar con la gravedad, pero la culpa nunca es del medio.

La culpa es siempre de quien lo usa. Del que tiene el corazón torcido hacia el poder, o hacia la codicia, o hacia el desprecio por la vida, o hacia cualquiera de las morales erradas que un hombre es capaz de abrazar. Buscar al culpable en el sistema es cómodo, porque un sistema no puede arrepentirse, no puede pedir perdón y no puede cambiar de conducta mañana por la mañana. Nosotros sí. Somos nosotros, los hombres, los sujetos de nuestras decisiones —y es precisamente esa capacidad de decidir la que nos hace responsables y, al mismo tiempo, la única razón por la que la redención tiene sentido.

IV. Las raíces cristianas que se borraron

La afirmación más repetida —y más falsa— del antimercantilismo contemporáneo es que el capitalismo llegó a Europa con «la muerte de Dios». Que es hijo de la secularización, del desencantamiento del mundo, del vacío que dejó la fe. Es una frase elegante y es históricamente insostenible por cuatro siglos, cuando menos.

Vayamos a los hechos.

La infraestructura del capitalismo es medieval y católica. La letra de cambio, el préstamo con interés lícito bajo figura contractual, la sociedad en comandita, la banca de depósito, el seguro marítimo, las ferias de crédito de Champaña, la Liga Hanseática, los Medici, los Bardi, los Peruzzi, los banqueros genoveses. Todo eso es anterior a la Reforma, no digamos a Nietzsche. La contabilidad por partida doble — sin la cual el cálculo capitalista es literalmente imposible— fue codificada en 1494 por Luca Pacioli, fraile franciscano.

La teoría es escolástica. Santo Tomás defendió la legitimidad de la propiedad privada con tres argumentos que siguen en pie: el hombre cuida mejor lo propio que lo común, la asignación clara evita el desorden, y la propiedad definida preserva la paz social. No se trata de que la propiedad privada sea buena solo porque «funciona mejor», como quien elige la herramienta más práctica y se desentiende de lo demás. El argumento de Tomás es de otro orden: parte de cómo es realmente el hombre — capaz de cuidar y de descuidar, de ordenar y de disputar— y no de cómo nos gustaría que fuera. La propiedad no se justifica por conveniencia, sino porque reconoce la naturaleza humana tal como Dios la dejó después de la caída, en lugar de suponer un hombre que no existe.

Y sobre todo está la **Escuela de Salamanca**. En pleno siglo XVI, desde la teología moral y para resolver casos de conciencia, un grupo de dominicos y jesuitas españoles formuló buena parte de lo que hoy llamamos economía. Martín de Azpilcueta observó la llegada de la plata americana y enunció la teoría cuantitativa del dinero: más dinero circulando, mismos bienes, precios más altos. Luis de Molina

sostuvo que el valor no está en el costo ni en el trabajo incorporado, sino en la estimación de los hombres: la teoría subjetiva del valor, tres siglos antes de la revolución marginalista. Juan de Mariana escribió contra la degradación de la moneda por parte del rey —lo que hoy llamaríamos inflación por decreto— y fue encarcelado por ello. Tomás de Mercado, Diego de Covarrubias y Juan de Lugo trabajaron el precio justo y concluyeron, contra la intuición, que el precio justo es el que emerge del mercado en ausencia de fraude y coacción, porque ninguna autoridad puede conocer mejor que las partes el valor de lo que intercambian.

Sacerdotes, con hábito, discutiendo casuística moral. De ahí salió esto.

Y la sociología clásica confirma el origen cristiano. Es común ver la tesis weberiana citada como prueba de que el capitalismo secularizó a Europa. Max Weber fue un sociólogo alemán de principios del siglo XX, uno de los fundadores de la disciplina, y su libro *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1905) es probablemente la obra más citada —y peor citada— sobre el origen del sistema. **Su tesis dice exactamente lo contrario de lo que suele atribuírsele:** que la ética protestante —el trabajo como vocación, la disciplina, el ahorro, la desconfianza del despilfarro— *produjo* el espíritu del capitalismo. El cristianismo como causa, no como víctima. Y si se prefiere la versión de Rodney Stark, el origen es todavía anterior y más incómodo para la narrativa: los monasterios cistercienses, con su racionalización del trabajo, su innovación técnica y su acumulación productiva, fueron las primeras empresas capitalistas de Europa. Cualquiera de las dos versiones destruye la frase.

Falta lo más importante, que es lo que dice la Escritura, porque de ahí viene la fuerza retórica de la acusación.

Pablo escribe que raíz de todos los males es *el amor* al dinero (1 Ti 6:10), no el dinero. La distinción no es un tecnicismo: es toda la diferencia entre un objeto y una disposición del corazón. El octavo mandamiento —no hurtarás— y el décimo —no codiciarás lo ajeno— presuponen la propiedad privada legítima; no se puede robar lo que no es de nadie, ni codiciar lo que no tiene dueño. En Hechos 5, Pedro le recuerda a Ananías que la propiedad seguía siendo suya antes de venderla y el dinero seguía siendo suyo después: la comunidad de bienes de la iglesia primitiva

fue voluntaria, y el pecado no fue conservar, sino mentir. La parábola de los talentos premia a quien hizo producir el capital que se le confió y reprende con dureza a quien lo enterró por miedo.

¿Y qué condena la Escritura con severidad? Las pesas falsas y las medidas engañosas (Pr 11:1). Retener el salario del jornalero, cuyo clamor llega a los oídos del Señor (Dt 24:14-15; Stg 5:4). Oprimir al pobre y torcer el juicio del necesitado. Amasar riqueza como fin último y descansar el alma en ella.

Obsérvese el patrón: **todas son conductas de personas**. Ninguna es un sistema. La Biblia no juzga estructuras económicas; juzga corazones y actos. Y esa es, precisamente, la tesis de este ensayo.

V. Lo que la crítica acierta: el mercado consume un capital moral que no produce

Sería deshonesto tratar la crítica al mercado como si fuera pura confusión. Hay un núcleo verdadero, y es más profundo que casi todo lo demás que se dice.

La figura legal de un contrato de intercambio existe porque supone que la gente cumple su palabra. El crédito supone que se paga lo debido. La empresa supone que el socio no roba, que el empleado no sabotea, que el proveedor entrega lo que prometió. El comercio a distancia supone que a mil kilómetros hay alguien que se comporta como si estuviera siendo observado, aunque no lo esté.

Nada de eso lo fabrica el mercado. El mercado lo *presupone*. Lo fabrican la familia, la iglesia, la escuela, la costumbre heredada, la vergüenza de defraudar a los propios, la convicción de que hay un juicio que no se puede sobornar. Röpke lo dijo con claridad: la economía de mercado vive de reservas morales que ella misma no genera. Böckenförde formuló lo mismo para el Estado liberal: vive de presupuestos que no puede garantizar por sí solo.

De ahí se sigue algo que la crítica anticapitalista intuye pero explica mal. **Un mercado que opera sobre una sociedad sin virtudes se degrada.** Sin honradez, el contrato se vuelve trampa. Sin templanza, la abundancia se vuelve glotonería. Sin fidelidad, la libertad sexual se vuelve devastación de la infancia. Sin sentido de trascendencia, la prosperidad se vuelve lo único que hay, y entonces sí: el hombre convierte el dinero en su religión, porque en un mundo sin Dios el precio es la única medida de valor que queda.

Esto es cierto. Y por eso mismo es una acusación contra nosotros, no contra el mercado.

Porque el capital moral no se agotó solo. Lo dilapidamos. Y la genealogía de esa dilapidación no es económica, es filosófica. El individualismo expresivo —la idea de que el yo auténtico es una interioridad que debe manifestarse hacia afuera y que toda institución que la limite es opresión— no salió de una junta de accionistas. Salió

de Rousseau, de los románticos, de Nietzsche, de Freud, y encontró su expresión política en las teorías de la liberación. Philip Rieff lo diagnosticó como el triunfo del *hombre psicológico* sobre el hombre religioso: una cultura que ya no organiza la vida en torno a lo sagrado sino en torno al bienestar interior. Carl Trueman rastreó la línea completa hasta el presente.

Hay quienes sostienen que el capitalismo ha sido el mayor causante del daño a la familia: que el trabajo móvil desarraigó a los hijos, que el consumo sustituyó a la crianza, que el mercado convirtió el hogar en unidad de gasto. La acusación es grave y merece que se le responda con nombres. Porque si medimos el daño real, los responsables son otros y están perfectamente identificados. El divorcio sin causa, la revolución sexual, el aborto legal, el desplazamiento de la autoridad paterna por la del Estado, los sistemas de asistencia que en varios países literalmente penalizaron la presencia del padre en el hogar: eso destruyó más hogares que cualquier cadena de suministro. Ninguna de esas cosas se decidió en un consejo de administración; todas se decidieron en un parlamento, en una corte o en una facultad. Culpar al mercado por la crisis de la familia es como culpar al termómetro por la fiebre.

La conclusión correcta no es «hay que abolir el mercado». Es «hay que reponer lo que lo sostiene». Y eso es trabajo cultural, espiritual y familiar, no legislación económica.

VI. La tradición no es enemiga del contrato: es su condición de posibilidad

Existe una corriente conservadora que sostiene lo siguiente: que la tradición y el mercado son fuerzas enemigas por naturaleza. Que la tradición es lenta, heredada y sagrada, mientras que el mercado es veloz, calculador y profano. Que la comunidad une a los hombres por vínculos que no se eligen —la sangre, la tierra, la fe—, mientras que el intercambio los relaciona por contratos que se firman y se rompen. Y que, por lo tanto, cada avance del mercado es un retroceso de la tradición: donde entra el comercio, sale lo sagrado.

Es una tesis seductora, sobre todo para quien ama lo que se está perdiendo. Y es exactamente al revés: la tradición no es lo que el mercado destruye. Es lo que lo hace posible.

Un contrato entre pares solo existe si antes existieron la palabra empeñada, el honor, la noción de que engañar deshonra, la convicción de que el otro tiene una dignidad que no se negocia. Sin eso no hay contrato: hay emboscada. El principio *pacta sunt servanda* —los pactos se cumplen— llegó al derecho civil moderno a través del derecho canónico, es decir, de una tradición religiosa que sostenía que faltar a la palabra dada es pecado. La confianza mercantil de las ciudades italianas descansaba sobre una comunidad de fe compartida. El comercio de larga distancia entre desconocidos es, históricamente, un fenómeno de sociedades con una moral común fuerte.

La evidencia empírica apunta en la misma dirección y en contra de la tesis tradicionalista. Los Países Bajos calvinistas, la Escocia presbiteriana, la Inglaterra del *common law*, los Estados Unidos del siglo XIX, y más tarde Corea del Sur y Taiwán: sociedades intensamente religiosas, familiares y comunitarias que produjeron los mercados más dinámicos de su época. Si el mercado disolviera necesariamente la tradición, esas sociedades no habrían existido nunca.

Hay además un dato que rara vez se menciona porque incomoda a la tesis: en Occidente, el país más religioso es también el más capitalista, mientras que la Europa más secularizada es la más estatista. La correlación va justo al revés de lo que se afirma. Donde creció el Estado, se encogió la fe; donde el Estado absorbió la caridad, la educación y el cuidado de los ancianos, las instituciones intermedias — parroquia, gremio, familia extendida, sociedad de socorros mutuos— se atrofiaron por falta de función.

Vale la pena decirlo con todas sus letras: **la principal amenaza histórica para las instituciones intermedias no ha sido el mercado, sino el Estado**, que las percibe como competencia por la lealtad del ciudadano. El mercado ofrece bienes; el Estado moderno ofrece sentido, pertenencia e identidad, y por eso desplaza a la iglesia y a la familia de un modo que ningún supermercado ha logrado.

Y una última observación sobre la nostalgia. Cuando se elogia el orden en que «la tierra se transmitía por sangre y no por hipoteca», se está describiendo el mayorazgo y la servidumbre: el campesino atado al suelo sin movilidad posible, la propiedad concentrada por herencia en una aristocracia cerrada, el hijo del labrador condenado a ser labrador, hambrunas cíclicas y una mortalidad infantil que se llevaba a uno de cada tres niños antes de los cinco años. Amar la tradición no obliga a mentir sobre ella. La tradición no se valida por ser antigua, sino por ser verdadera; y por eso hay tradiciones que se conservan y tradiciones que se corrigen. Discernir cuál es cuál es precisamente el trabajo del conservador serio.

VII. Los datos que no resisten un examen

Tres afirmaciones se repiten como si fueran hechos establecidos. No lo son.

La plusvalía extraída. La idea de que el patrón «extrae» valor del trabajo ajeno descansa en la teoría del valor-trabajo: la noción de que el valor de un bien está determinado por las horas incorporadas en producirlo. Esa teoría está refutada desde 1871, cuando Menger, Jevons y Walras establecieron, cada uno por su lado, que el valor es subjetivo y marginal: depende de lo que la última unidad significa para quien la valora, no del esfuerzo que costó. Böhm-Bawerk demostró después la inconsistencia interna del sistema marxista. La prueba más simple es cotidiana: si el intercambio fuera extracción, nadie aceptaría intercambiar dos veces. Se intercambia justamente porque cada parte valora más lo que recibe que lo que entrega. **El intercambio voluntario es de suma positiva: los dos ganan, y por eso se repite.** Toda la arquitectura moral del anticapitalismo descansa sobre una premisa económica que nunca se argumenta y que lleva siglo y medio refutada.

El uno por ciento contra el noventa y nueve. Este argumento supone que la riqueza es un pastel de tamaño fijo y que si alguien tiene más es porque se lo quitó a otro. Es la falacia de suma cero, y es fácil de desmontar: la pobreza extrema pasó de afectar a cerca de cuatro de cada cinco seres humanos hace dos siglos a menos de uno de cada diez hoy. Esa riqueza no se le arrebató a nadie, porque antes no existía. Se creó. La métrica misma, además, es defectuosa: mide patrimonio neto, de modo que un egresado con crédito educativo aparece «más pobre» que un campesino sin deudas ni activos. Que exista desigualdad es un hecho; que la desigualdad pruebe despojo es un salto lógico sin sustento.

Los cuatro capitalismos. Esta es la confusión más productiva de todas, y conviene desarmarla con cuidado, porque explica el 80% del malentendido mexicano. La palabra se usa indistintamente para nombrar cuatro cosas distintas:

1. La **economía de mercado**: propiedad, contrato voluntario, precios libres, competencia abierta, quiebra real para el que fracasa.

2. El **capitalismo de compadres**: rescates con dinero público, subsidios a los amigos, concesiones discrecionales, barreras regulatorias que protegen al establecido de su competencia, ganancias privadas y pérdidas socializadas.
3. El **materialismo consumista**: una cultura que mide el valor de la persona por lo que consume.
4. La **definición marxista**: la propiedad privada de los medios de producción como relación de explotación estructural.

Casi todos los pecados que se le imputan al capitalismo pertenecen al segundo y al tercero. Los rescates bancarios, los monopolios protegidos por ley, las licitaciones amañadas, la puerta giratoria entre el regulador y el regulado: nada de eso es mercado libre. Es exactamente su ausencia. Un mercado libre es aquel en el que el que quiebra, quiebra. El caso favorito de los críticos —la deuda estudiantil estadounidense— es un programa federal garantizado por el gobierno, que al garantizar el crédito infló el precio de las colegiaturas; es un producto del Estado, no del mercado, y prueba lo contrario de lo que quiere probar.

Y aquí conviene ser explícito: **esos abusos también los combatimos en nuestra organización, Acción Conservadora por México**. La diferencia no está en si nos indignan, sino en el diagnóstico de dónde vienen. Quien confunde privilegio con competencia terminará pidiendo más poder discrecional para el Estado como cura de los males que el poder discrecional del Estado produjo.

VIII. La tercera posición y el programa que ofrece

Hay una corriente que se presenta como la salida de este dilema y que está ganando terreno en el mundo hispano, sobre todo entre gente joven, religiosa y desencantada. Su fórmula es atractiva: izquierda y derecha fracasaron, ambas son hijas de la modernidad, hace falta algo más allá de las dos. Su vocabulario es cristiano: Tradición, comunidad, lo sagrado, el orden trascendente. Su enemigo declarado es el liberalismo, que identifica como la raíz común del capitalismo y del comunismo.

Vale la pena mirar de cerca esa corriente, porque no es lo que parece.

Su núcleo intelectual es el **tradicionalismo perennialista**, la línea que va de René Guénon a Julius Evola y que hoy tiene en el eurasianismo ruso su expresión política más elaborada. Perennialismo significa: todas las grandes religiones son expresiones históricas distintas de una misma Tradición primordial, de una sabiduría única anterior a todas ellas. Suena ecuménico y generoso. En realidad es la negación exacta de lo que el cristianismo afirma: que Cristo no es *una* manifestación de lo sagrado entre otras, sino el único camino, la verdad y la vida. Un perennialista puede hablar de lo sagrado todo el día sin comprometerse jamás con la exclusividad de Cristo, porque en su esquema esa exclusividad es un provincialismo de creyentes poco iniciados.

Un cristiano que adopta ese marco no está fortaleciendo su fe con filosofía. Está sustituyendo el contenido de su fe y conservando el vocabulario.

Su programa político tampoco es ambiguo. La llamada cuarta teoría política propone superar las tres grandes ideologías modernas —liberalismo, comunismo, fascismo— sustituyendo al sujeto de cada una. Ni el individuo, ni la clase, ni la raza: el sujeto pasa a ser el pueblo entendido como comunidad de destino, el *Dasein* colectivo tomado de Heidegger. Con ello desaparece deliberadamente la categoría de individuo portador de derechos, que es lo que hace posible el habeas corpus, la libertad de

conciencia y el límite al poder. Su fórmula operativa es transparente: **el individuo subordinado a la comunidad, la política subordinada a lo sagrado.**

Léase despacio la segunda mitad. Suena piadoso. Significa que alguien tiene que decidir qué es lo sagrado y con qué autoridad se subordina la política a ello. Y ese alguien, en cualquier arreglo político concebible, termina siendo el Estado.

Esto no es una hipótesis: es la definición del integralismo. Y es exactamente lo que Acción Conservadora por México rechaza. Nosotros afirmamos que el fundamento moral de una nación es cristiano y que sin ese fundamento no hay orden posible. Pero afirmamos con la misma fuerza que ese fundamento no se impone por decreto, no se administra desde una oficina y no necesita un Estado confesional. Un Estado que se arroga la definición de lo sagrado no protege la fe: la instrumentaliza, y en cuanto cambia el gobierno, la persigue. La libertad de conciencia no es una concesión ilustrada que los cristianos toleramos a regañadientes: es una consecuencia directa de creer que la fe se abraza libremente o no es fe.

Hay dos observaciones más que hacer, y son incómodas.

La primera es que **la crítica tercerposicionista al capitalismo es, palabra por palabra, la crítica marxista**, con una sola sustitución: donde el marxista escribe «clase», el tradicionalista escribe «Tradición». Alienación, fetichismo de la mercancía, explotación, fragmentación deliberada del cuerpo social, la pobreza como característica funcional del sistema: es el aparato conceptual completo de la escuela de Frankfurt con incienso. Y contiene una ironía notable. Se acusa al mercado de fragmentar a la sociedad por raza, sexo y orientación, cuando esa fragmentación es el producto intelectual explícito, documentado y firmado de la teoría crítica, la interseccionalidad y sus derivados. El mercado es notoriamente indiferente a la identidad de quien paga; discriminar, en un mercado competitivo, es caro. Atribuirle al capitalismo la principal creación de la academia progresista es una inversión difícil de superar.

La segunda es geopolítica, y a los mexicanos debería importarnos especialmente. El eurasianismo no es una filosofía neutral que flota en el aire: es un proyecto civilizatorio diseñado explícitamente **contra** Occidente, en el que el mundo hispa-

noamericano aparece como pieza auxiliar de un bloque multipolar liderado desde otra parte. Su difusión en América Latina no es casual ni desinteresada. Una nación que adopta ese marco no está recuperando su propia tradición: está adoptando el proyecto civilizatorio de otro, con la agravante de que México pertenece —por lengua, por derecho, por fe y por historia— a la civilización occidental que ese proyecto se propone derrotar. Renunciar a Occidente no nos devuelve a Anáhuac. Nos deja de encargados de una sucursal.

Nuestra tradición no está en Eurasia. Está en Salamanca, en Trento, en el derecho castellano, en la Escritura, en las instituciones que nos legaron trescientos años de virreinato y dos siglos de república. Ahí hay materia más que suficiente para construir una alternativa mexicana sin pedirle prestado el marco a nadie.

IX. México: por qué creemos lo que creemos

Queda la pregunta más importante para nosotros. ¿Por qué en México el anticapitalismo es una intuición moral compartida incluso por quienes nunca leyeron una línea de economía? ¿Por qué «neoliberal» funciona como insulto y «empresario» como sospecha?

La respuesta no es que México haya probado el capitalismo y le haya ido mal. Es que México nunca lo probó, padeció otra cosa con ese nombre, y fue educado durante casi un siglo por un aparato cultural que tenía interés en que las dos cosas se confundieran.

Primero, la falsificación histórica. El pecado original del relato mexicano es el Porfiriato presentado como capitalismo salvaje. Pero lo que hubo en el Porfiriato no fue mercado libre: fue privilegio administrado. Las leyes de deslinde de terrenos baldíos entregaron millones de hectáreas a compañías deslindadoras por decisión administrativa. Las concesiones ferroviarias, mineras y petroleras se otorgaron discrecionalmente desde el poder. Los monopolios se protegieron por ley. Eso no es Adam Smith: es mercantilismo de Estado, exactamente el sistema que Smith escribió *La riqueza de las naciones* para atacar. Sin embargo, el siglo XX mexicano entero se construyó sobre la ecuación «Porfiriato = capitalismo = despojo». Y esa ecuación falsa quedó incrustada en la conciencia nacional.

Segundo, la ideología oficial. El nacionalismo revolucionario no fue una corriente entre otras: fue la doctrina del Estado. Quedó escrita en la Constitución —propiedad originaria de la nación sobre tierra y subsuelo, rectoría económica del Estado— y se administró desde un partido corporativo que organizó a obreros, campesinos y burócratas en sectores tutelados. Ese arreglo necesitaba un enemigo, y el enemigo fue el capital privado, particularmente el extranjero. No por convicción económica, sino porque un pueblo que desconfía del mercado es un pueblo que le pide todo al Estado. La desconfianza no fue un efecto secundario: fue una política pública.

Tercero, el aparato cultural. Aquí está lo decisivo, y es donde se juega la batalla de fondo. La izquierda mexicana perdió pocas elecciones durante el siglo XX y ganó absolutamente todo lo demás: la escuela, la universidad, la editorial, el mural, el cine, el suplemento cultural. El libro de texto gratuito y obligatorio, instituido a finales de los años cincuenta, garantizó que cada niño mexicano recibiera la misma versión de la historia patria, con los mismos héroes y los mismos villanos, durante generaciones. El muralismo convirtió la iconografía marxista en decoración oficial de los edificios del Estado: el patrón con sombrero de copa, el obrero encadenado, el sacerdote cómplice. El exilio republicano español, acogido con generosidad, pobló las facultades de humanidades y las casas editoriales con un marco de lectura que nunca fue neutral. La Revolución cubana dio prestigio intelectual a esa posición en toda la región. La teología de la liberación llevó el mismo esquema a las parroquias, y así el catolicismo popular mexicano aprendió a leer el Evangelio con categorías de lucha de clases, olvidando que la doctrina social de la Iglesia —desde *Rerum Novarum*— condena el socialismo con más dureza de la que corrige al mercado, y defiende expresamente la propiedad privada como derecho natural.

El resultado es una población que hereda conclusiones económicas sin haber visto nunca los argumentos. Se aprenden como se aprende un himno.

Cuarto, la trampa del vocabulario. «Neoliberalismo» es en México una palabra que lo explica todo y por lo tanto no explica nada. Se usa para nombrar simultáneamente la apertura comercial, la corrupción, la privatización mal hecha, la desigualdad, la violencia y el desencanto. Pero conviene mirar los casos concretos. La banca se estatizó en 1982 por decisión presidencial y se reprivatizó una década después entre allegados. Telmex se privatizó en 1990 y pasó de monopolio público a monopolio privado protegido: **privatizar no es liberalizar**, y confundir ambas cosas es el error que envenena todo el debate mexicano. Vender un monopolio a un particular sin abrir la competencia no introduce mercado; solo cambia de dueño la renta. Cuando el mexicano dice que probó el mercado y le fue mal, casi siempre está describiendo esto.

Quinto, la realidad presente. México no es un país de mercado libre y no lo ha sido nunca. El sector energético opera bajo dos empresas estatales dominantes. Abrir un

negocio formal exige un vía crucis de permisos que empuja a más de la mitad de los trabajadores a la informalidad, donde no hay contrato, ni seguridad social, ni crédito, ni tribunal que los defienda. El sistema fiscal castiga la formalización. Los grandes fortunas mexicanas están construidas de manera desproporcionada sobre concesiones, contratos públicos y sectores protegidos, no sobre competencia abierta. En los índices internacionales de libertad económica, México aparece consistentemente en la mitad baja.

De modo que la conclusión es esta, y conviene decirla sin adornos:

México no ha rechazado el capitalismo. México ha rechazado una caricatura del capitalismo, y con esa caricatura ha justificado durante un siglo no probarlo nunca.

Y mientras tanto ha vivido bajo un sistema donde el poder político decide quién gana, un sistema que —esto es lo importante— produce todos los males que se le achacan al mercado. La concentración de riqueza que indigna al mexicano promedio no es hija de la competencia: es hija de la protección. No la generó el mercado. La generó su ausencia, administrada desde Palacio Nacional.

X. El ídolo verdadero

Vuelvo al principio, porque ahí está lo que de verdad importa.

Es cierto que Occidente convirtió el dinero en religión. Tiene sus templos, sus sacerdotes, su liturgia del consumo y su promesa de salvación por la abundancia. Quien lo describe no está inventando nada: está describiendo algo real y algo grave.

Pero el diagnóstico se detiene demasiado pronto. Porque cuando el hueco lo llenó el Estado en lugar del mercado, no hubo menos idolatría, sino más, y con muchísimos más muertos. La Unión Soviética no fue una sociedad menos idolátrica que la estadounidense: fue una sociedad con un ídolo más celoso, que exigía sacrificios humanos literales. Cuba lleva más de sesenta años pidiendo paciencia. Venezuela tenía las mayores reservas de petróleo del planeta y produjo una de las mayores diásporas del hemisferio.

El patrón es siempre el mismo, y es el que la Escritura describió hace tres mil años: **el hombre está hecho para adorar, y si no adora a Dios, adorará lo que tenga a la mano**. En Occidente tuvo a la mano el mercado. En el bloque socialista tuvo a la mano el Estado. En el México actual tiene a la mano el poder político convertido en providencia y en identidad, con su liturgia matutina y su reparto de bendiciones. El material del ídolo cambia. El corazón que lo fabrica es el mismo.

Por eso el error central de la crítica anticapitalista no es económico. Es teológico. Confunde el objeto de la idolatría con la causa de la idolatría. Y si uno se equivoca en eso, la solución que propone consistirá siempre en cambiar de ídolo.

De ahí se sigue lo que nos toca, y es la razón por la que existe esta organización.

Nosotros no defendemos el mercado porque creamos que salva a nadie. No salva. Lo defendemos porque es el único orden compatible con la naturaleza humana tal como es —caída, limitada, incapaz de reunir en una sola mente el conocimiento necesario para dirigir la vida de millones—, y porque toda alternativa que se ha intentado exigió concentrar un poder que ningún hombre puede sostener sin

corromperse. Lo defendemos como se defiende un instrumento bueno: sabiendo que no es un fin, que no da sentido y que jamás debe ocupar el lugar de lo que sí lo da.

Un pueblo con fundamento moral y mercados libres prospera y sigue siendo un pueblo. Un pueblo sin fundamento moral y con mercados libres se degrada. Un pueblo sin fundamento moral y con planificación central se degrada y además se somete. Y un pueblo que confunde el instrumento con el ídolo terminará rompiendo el instrumento, conservando el ídolo y quedándose sin las dos cosas.

México no necesita otra receta económica. Ya probó muchas y ninguna funcionó, porque el problema nunca estuvo ahí. México necesita recuperar el fundamento sobre el cual cualquier arreglo económico se vuelve habitable: la palabra que se cumple, el trabajo que dignifica, la familia que forma, la ley que es igual para todos, y la convicción —que ninguna ley puede imponer y sin la cual ninguna ley funciona— de que existe un juicio que no se puede sobornar.

Esa batalla no se gana en la economía. Se gana en la cultura. Y por eso la damos.



Acción Conservadora por México

Somos un movimiento cultural y cívico que promueve un despertar político, cultural y espiritual en México, fundado sobre principios claros: la dignidad de la persona, la familia como célula de la sociedad, la libertad bajo la ley y un fundamento moral de raíz cristiana.

No somos un partido ni un vehículo electoral. Damos la batalla donde se decide el largo plazo: en las ideas, en la formación y en la cultura.

La **Serie Fe y espacio público** reúne materiales de formación dirigidos a pastores, líderes comunitarios y profesionistas que quieren pensar la vida pública desde una convicción cristiana, sin caer ni en el retraimiento ni en la teocracia.

ACCIONCONSERVADORA.ORG

INFO@ACCIONCONSERVADORA.ORG

MONTERREY · NUEVO LEÓN · MÉXICO